

vigorosos; mas al propio tiempo hay muchos tambien que son de buena marca, y mayores que los caballos de silla ingleses (1), Todos tienen la cabeza ligera, el pescuezo fino, el pecho angosto, las velas bien formadas y situadas, los remos delgados, la grupa hermosa y los cascos duros; son dóciles, vivos, ligeros, osados, animosos y capaces de soportar gran fatiga; y corren con grandísima velocidad, sin cansarse ni abatirse; son robustos, y se les mantiene con mucha facilidad, pues no se les da mas que cebada mezclada con paja muy menuda en un morral que les entran por la cabeza, y solo toman verde durante seis semanas en la primavera: la cola se les deja y conserva en toda su longitud; y no se sabe allí lo que es castrarlos. Les echan mantas para defenderlos de la intemperie; los cuidan con singular esmero; los guian y gobiernan con un simple freno acodado, y sin espuelas; y llevan gran número á Turquía, y mas particularmente á la India. Sin embargo, estos mismos viajeros que tanto alaban los caballos de Persia, convienen todos en que los de Arabia les son aun muy superiores por la agilidad, valor y fortaleza, no menos que por su hermosura; y aseguran además que en la misma Persia son teni-

(1) Viajes de Chardino, tom. II, pág. 25 y sig.

dos en mucho mayor precio los caballos árabes que los mas hermosos de aquel pais.

Los caballos que nacen en la India no son buenos (1), y por esto los magnates de aquellas regiones los hacen conducir de Persia y de Arabia para su servicio; de dia les dan un poco de heno, y por la noche les hacen cocer guisantes con azúcar y manteca, en lugar de avena ó cebada, cuyo alimento los sostiene y les da un poco de vigor, pues sin él se estenuarian en poquísimo tiempo, á causa de serles el clima muy contrario. Los caballos del pais son muy pequeños por lo general, y algunos lo son en tanto extremo, que (segun refiere Tavernier) el Príncipe del Mogol, cuya edad solo era de siete á ocho años, montaba ordinariamente un caballo muy bien fomado, cuyo tamaño no escedia al de un lebrél grande (2). Parece que los climas escésivamente cálidos son contrarios á los caballos: los de las costas de Oro, de Judá ó Vydah, de Guinea, etc. son no menos malos que los de la India; llevan la cabeza y el cuello muy

(1) Viaje de la Boullaye-le Gouz. Paris, 1657, pág. 256; y la Coleccion de los viajes que sirvieron para el establecimiento de la Compañía de la India. Amsterdam, 1702, tom. IV, pág. 424.

(2) Viajes de Tavernier, tom. III, pág. 334.

bajos; su modo de andar es tan vacilante, que parece van á caerse, mientras que no se menearian si no se les castigase sin cesar; y por la mayor parte son tan pequeños, que los pies del gínete casi tocan al suelo (1). Fuera de esto son muy indóceiles y propios únicamente para servir de alimento á los negros, que aprecian su carne tanto como la de los perros (2). Así pues, semejante afición á la carne de caballo es común á los negros y á los árabes, y se observa tambien en Tartaria, y aun en la China (3).

Los caballos chinos no son tampoco mejores que los de la India (4): son débiles, cobardes, mal formados y muy pequeños, y los de Corea solo tienen tres pies y medio de alto. Casi todos los caballos de la China son castrados, y tan tímidos que no pueden servir para la guerra; de suerte, que puede decirse haber sido los caballos tártaros los que conquistaron la China. Estos

(1) Historia general de los viajes, tom. iv, p. 228.

(2) *Ibid.*, pág. 555.

(3) Viaje de Mr. le Gentil. Paris, 1725, tom. II, pág. 24.

(4) Véanse las antiguas relaciones de la India, traducidas del árabe. Paris, 1718, pág. 204: Historia general de los viajes, tom. vi, pág. 492 y 535; y la Historia de la conquista de la China, por Palafox, cap. xxix, pág. 347.

últimos son muy á propósito para la guerra; pues, aunque de talla mediana por lo comun, son sin embargo fuertes, vigorosos, fieros, ardientes, ligeros y grandes corredores: tienen los cascos muy duros, bien que sobrado estrechos; la cabeza ligera, pero demasiado pequeña; el pescuezo largo y entablado, y los remos muy largos. A pesar de todos estos defectos, pueden pasar por muy buenos caballos, pues además de lo referido, son infatigables y corren con increíble velocidad. Los Tártaros viven asociados con sus caballos á poca diferencia como los Arabes; y desde la edad de siete á ocho meses los hacen montar por muchachos, que á veces los pasean, y á veces los hacen correr á cortos escapes. De esta suerte los van adiestrando poco á poco, y les hacen sufrir grandes dietas; pero los hombres no los montan para ir á sus correrías hasta los seis ó siete años, y entonces los esponen á fatigas increíbles (1), como es caminar dos ó tres dias consecutivos sin hacer alto, pasar cuatro ó cinco sin mas sustento que

(1) Palafox, Historia de la Conquista de la China, pág. 348: Coleccion de los viajes del Norte. Ruan, 1716, tom. III, pág. 156; Tavernier, tom. I, pág. 472 y sig; y la Historia general de los viajes, tom. vi, pág. 603, y tom. VII, pág. 214.

un puñado de yerba cada ocho horas, y estar al propio tiempo veinte y cuatro horas sin beber, etc. Mas esos mismos caballos, que parecen y realmente son tan robustos en su país, pierden todo su vigor y se estenuan trasportados á la China y á la India; pero prueban bastante bien en Persia y en Turquía. Los habitantes de la pequeña Tartaria tienen tambien cierta raza de caballos pequeños, tan apreciados en el país, que no pueden resolverse á venderlos á los extranjeros. En ellos se echan de ver todas las buenas y malas calidades de los caballos de la gran Tartaria, lo cual es prueba de cuanto contribuyen unas mismas costumbres y una igual educacion á dar á estos animales una misma índole y hábitos. En Circasia y Mingrelia hay muchos caballos que son aun mas hermosos que los de Tartaria; y en Ucrania, Valaquia, Polonia y Suecia se encuentran igualmente caballos de buena estampa: pero carecemos de observaciones particulares acerca de sus buenas calidades y defectos.

Ahora bien; si consultamos á los antiguos sobre la naturaleza y propiedades de los caballos de diferentes países, halláremos (1) que los de Grecia, y señaladamente los de Tesalia y Epiro,

(1) Aldrovand. *Hist. nat. de solip.* pág. 48 y 63.

tenian mucha fama y eran escelentes para la guerra; al paso que los de la Acaya eran los mayores que se conocian, y que los mas hermosos de todos se criaban en grandísimo número en Egipto, adonde Salomon enviaba á comprarlos á precios muy subidos. En Etiopia probaban muy mal por el excesivo calor del clima; mas la Arabia y Africa producian los caballos mejor formados, y sobre todo los mas ligeros y á propósito para cabalgar y la carrera. Los de Italia, y señaladamente los de la Pulla, eran muy buenos asimismo: en Sicilia, Capadocia, Siria, Armenia, Media y Persia los habia escelentes y de mucha estima por su ligereza y velocidad: los de Cerdeña y Córcega eran pequeños, pero ardientes y atrevidos; y los de España semejaban á los de los Partos y eran preciosos para la guerra. En Transilvania y en la Valaquia los habia tambien de cabeza enjuta, de crines tan largas que les llegaban al suelo, y de cola muy poblada, los cuales eran muy veloces en la carrera: los caballos daneses eran bien hechos y grandes saltadores: los de Escandinavia pequeños, pero de buena estampa y muy ágiles: los de Flandes vigorosos; y los Gaulos suministraban á los Romanos buenos caballos de silla y de carga. Los caballos de los Germanos eran de ruin presencia, y tan malos

que no se servian de ellos; pero los Suizos tenían muchos y muy buenos para la guerra: los de Hungría eran muy buenos; y finalmente, los de la India muy pequeños y débiles.

Resulta, pues, de todos estos hechos que los caballos árabes han sido en todos tiempos y son todavía los mejores caballos del mundo, tanto por su hermosura como por su bondad, y que de ellos procedieron los caballos mas excelentes de Europa, Africa y Asia, ya inmediata ó ya mediatamente por los berberiscos, por cuanto el clima de Arabia es quizás el verdadero clima de los caballos y el mejor de cuantos se conocen, respecto de que en vez de cruzarse allí las razas con otras extranjeras, se tiene gran cuidado de conservarlas en toda su pureza, en cuya atencion, si realmente aquel clima no es en sí mismo el que mas pueda convenir á los caballos, con todo los Arabes han hecho que lo sea por el singular cuidado que tuvieron en todos tiempos de ennoblecer las razas, no juntando sino los individuos mas bien formados y de la primera calidad; por medio de cuya atencion constante en muchos siglos han podido perfeccionar la especie mas allá de lo que hubiera hecho la naturaleza en el mejor clima. Tampoco se puede inferir que los climas calurosos mejor que los frios, y sobre todo los

países secos, son los mas conducentes para la naturaleza de estos animales; que en general los caballos pequeños son mejores que los grandes, y que les es tan necesario el cuidado como el alimento; mientras que se adelanta mas en ellos con familiaridad y halagos que á la fuerza y castigándolos. Los caballos de países cálidos tienen los huesos, los cascos y los músculos mas duros que los de nuestros climas; y aunque el calor se adapte mas que el frio á estos animales, les perjudica con todo si es excesivo, de la misma suerte que el frio riguroso les daña; y por último, su índole depende casi enteramente del clima, del sustento, del cuidado y de la educacion.

En Persia, Arabia y otros muchos países del Oriente no se acostumbra castrar los caballos, sin embargo de que la práctica de esta operacion es tan general en Europa y en la China. Con ella se les quita mucha fuerza, brio, fiereza, etc., pero tambien los hace mansos, tranquilos y dóciles; para ejecutarla se les ata de pies y manos, y despues de haberlos tendido de espaldas, se abren las bolsas con un bisturí, se sacan los testiculos, cortándose los vasos que van á parar á ellos y los ligamentos que los sostienen, y despues de haberlos estraído, se cura la herida, teniendo cuidado de bañar el caballo dos veces al dia por espacio de quince dias, ó de rociarle

frecuentemente con agua fresca, y de alimentarle durante este tiempo con salvado desleído en mucha cantidad de agua, á fin de refrescarle. Esta operacion se debe ejecutar en la primavera ó en otoño, respecto de que el demasiado calor ó frio son igualmente contrarios á su buen éxito. En cuanto á la edad en que se debe practicar, hay diferentes usos: en ciertas provincias se castran los caballos desde la edad de un año ó año y medio, tan luego como los testículos están bien aparentes; pero la costumbre mas general y bien fundada es no castrarlos hasta los dos ó tres años, porque haciéndolo tarde conservan algo mas de las calidades anexas al sexo masculino. Plinio (1) dice que no se le caen al caballo los dientes de leche si se le castra antes de haberlos mudado; pero yo tuve proporcion de comprobar el hecho, y lo hallé equivocado; de suerte, que tanto los caballos castrados como los caballos jóvenes enteros los pierden igualmente, y es muy probable además que los antiguos aventurasen esta asercion fundados tan solo en la analogía de la caída de las astas de los ciervos, corzos, etc., á los cuales efectivamente no se les caen cuando han sido castrados. Por último, un caballo castrado

(1) *Plin. Hist. nat. lib. xi, cap. 37.*

carece de facultad para engendrar, pero puede tener cópula todavía, y de ello hay muchos ejemplos.

De cualquier pelo que sean los caballos, le mudan así como cualquier otro animal velludo; y esta muda se efectua una vez al año, y por lo comun en la primavera, aunque algunas veces en otoño: entonces se hallan mas débiles que en lo restante del año, y es preciso no fatigarlos, tener mas cuidado de ellos y alimentarlos mejor. Fuera de esto se ven asimismo caballos que mudan los cascos, lo cual se verifica particularmente con respeto á los que fueron criados en paises húmedos y pantanosos, como la Holanda.

Los caballos castrados y las yeguas relinchan con menos frecuencia que los caballos enteros, y tienen la voz menos llena y grave. En unos y otros se pueden distinguir cinco especies de relinchos distintos (1), relativos á otras tantas pasiones diferentes: el relincho de alegría, en el cual la voz se sostiene mucho tiempo, sube de tono y finaliza con sonidos muy agudos, mientras que cocea el caballo, pero suavemente y sin procurar ofender; el relincho de deseo, ya sea de amor ó de afecto, en el cual no tira

(1) *Cardan. De rerum varietate, lib. vii, cap. 32.*

coces, y su voz resuena mucho tiempo, finalizando con sonidos mas graves; el relincho de cólera, durante el cual despide coces y hiere peligrosamente, corto y agudo; el de temor, que tambien acompaña de coces y no es de mayor duracion que el de la cólera, en cuyo caso la voz del caballo es grave, ronca, y como si saliese enteramente de la nariz, bastante parecida al rugido del leon; y por último, el relincho de dolor, que puede reputarse mas bien por gemido ó por un ronquido de opresion, que se ejecuta con voz grave, y sigue las alternativas de la respiracion. Finalmente, se ha observado que los caballos que relinchan con mas frecuencia, y en especial por alegría ó por deseo, son los mejores y mas generosos: los caballos enteros tienen tambien la voz mas fuerte que los castrados y las yeguas; y ya desde su nacimiento tiene el macho la voz mas fuerte que la hembra, mientras que á los dos años ó dos y medio, esto es, en llegando á la pubertad, la voz tanto de machos como de hembras adquiere fuerza y gravedad, de la misma suerte que se ve en el hombre y en la mayor parte de los demás animales. Cuando el caballo siente los estímulos del amor, del apetito ó del deseo, enseña los dientes y parece que se rie, no menos que estando colérico y cuando quiere tirar al-